

ya hecho. Si ella sucumbe, hay que desencadenar una nueva tormenta...

*
* *

Un laboratorio de tormentas: eso es el arsenal en que nos encontramos... Del suelo, del cielo, del aire, de todas partes, sin cesar, con una monotonía furiosa, el rumor de los elementos captados viene a nuestros oídos, cantándonos los salmos atroces de la nueva religión infernal. Como condenados, los operarios destácanse en la sombra sobre un fondo rojo de llamas. A nuestro lado, envuelto en vapores de sulfuro y de cloro que nimban su cabeza rubia, el ingeniero se yergue, silencioso y elocuente cual una divinidad implacable. «Contemplad mi obra y confesad que no hay nada más bello en el mundo — parece decirnos con su mirada clara —; contemplad lo único que el hombre ha hecho de superior a la naturaleza del hombre; ¡contemplad y adorad!» De la incoherencia, del barullo, de la crispación general, poco a poco se desprende, en realidad, una imagen caótica y sublime de hermosura horrible. Hay angustia, hay una infinita angustia en las meditaciones que tanto derroche de energía y de genio, de magia y de fuerza, de violencia y de paciencia, sugieren a nuestras mentes alucinadas. «¡Todo para destruir!», pensamos. Pero al mismo tiempo un noble orgullo nos anima, un orgullo divino e infernal, algo que es prometeico y que es luciferiano. ¿No está aquí, acaso, convertido en realidad el mito de los titanes fabulosos?... ¿No es el rayo, no es el fuego, no es la tempestad, lo que estos seres, en apariencia débiles, manejan y encadenan y subyugan?... Este es el rayo, sí. Y este dios somos nosotros...

Un campamento de concentración en Londres.

Nuestra primera visita, en este vasto Londres, es para los prisioneros civiles. En el Alexandra-Palace, en medio de un parque magnífico, tres mil súbditos del káiser Wilhelm y del káiser Franz Joseph esperan, con febril impaciencia, que la paz bienaventurada les devuelva la libertad. Todos ellos vivían antes en la City, negociando o trabajando tranquilamente, sin pensar que un día funesto había de llegar en que las circunstancias los convertirían en cautivos. Los hay, según parece, que poseen grandes fortunas; los hay que son artistas de mérito; los hay que nadie ha logrado saber ni de dónde venían ni qué hacían aquí; los hay, en fin, que llevaban una existencia miserable en los talleres y en las fábricas. Ahora, la guerra ha nivelado las condiciones sociales y todos duermen en las mismas camas de campaña, custodiados por los mismos centinelas impasibles.

— Éstos — le digo al funcionario que nos acompaña — supongo que no estarán tratados con tantos miramientos como los prisioneros que vimos en el hospital de Boulogne.

— ¿Por qué? — me pregunta.

— Por lo mal que los alemanes tratan a los civiles ingleses.

*
* *

Y como no parece dar gran crédito a mis palabras, le recuerdo las notas publicadas hace un año por el abogado Clarison, que se hallaba enfermo en Baden-Baden al estallar la guerra y que durante largos meses vivió en los campamentos alemanes. «De Baden — dice este infeliz jurisconsulto — me enviaron a Berlín en compañía de un centenar de compatriotas. El viaje fué larguísimo y penosísimo. En las estaciones nos insultaban los oficiales prusianos, y los centinelas nos impedían que compráramos siquiera un pedazo de pan. Llegamos al apeadero de Charlottenburgo después de treinta y cuatro horas de tren, y fuimos conducidos a pie, bajo la lluvia, por las calles, hasta la cárcel de Plötzensee. Algunos de nosotros tuvieron la suerte de ser encerrados en celdas estrechas, en las cuales había camas. A los demás nos metieron en jaulas, como fieras. Para alojarnos, habían sacado de la cárcel a los criminales que purgaban penas infamantes. Uno de mis compañeros, Mr. Clearier, cónsul en Mannheim, murió a los pocos días a causa de los malos tratos que sufrió. Yo fui enviado, con los demás, al campamento de Rukleben.» La descripción que el abogado inglés hace de este *camp*, que pasa por ser uno de los más confortables de Alemania, es digna de Dostoyenski. Y no son nada las camas, llenas de chinches, ni las malas comidas, ni las temperaturas rigurosas. Lo terrible, lo increíble son las crueldades de los guardianes. «Un anciano — dice Clarison — recibió un culatazo en la cara, que le aplastó la nariz; un maltés, que no hablaba sino su dialecto, fué golpeado por un soldado, hasta el punto de no poder andar durante un mes; otro prisionero perdió la vista a causa de un golpe que le asestó un sargento.» Y no puede decirse, empero, que Rukleben sea indigno de su buena reputación. El abo-

gado inglés asegura que los pobres prisioneros que llegaban ahí, después de haber pasado algunos meses en Collelager o en Munster, hallábanse como en un paraíso. «En el campamento de Munster — dice — el día del aniversario de Sedán, los prisioneros fueron condenados a permanecer de pie todo el día y toda la noche. Los soldados alemanes se emborracharon y mataron a más de veinticinco infelices. El 13 de septiembre, ocho belgas fueron fusilados.» Y Clarison termina diciendo: «Lo mismo pasa en Sennelager, en Minden, en Koenisberg.»

El funcionario inglés a quien le hablo de estas revelaciones publicadas el 28 de junio del año pasado, murmura sin conmoverse:

— ¡Ah!... No me acordaba...

*
* *

Nadie parece acordarse en Inglaterra de lo que sufren en Alemania los internados civiles, y, sobre todo, nadie reclama crueles represalias. «¿Por qué hacer pagar a estos infelices las culpas de sus compatriotas?», preguntase sin duda la buena gente de Londres. Y para dar una nueva prueba de su magnanimidad, lejos de imitar a los oficiales que insultaron a los ingleses de Baden-Baden, se esfuerza por suavizar el cautiverio de sus enemigos por mil medios sutilmente gentiles.

En efecto; con una suavidad respetuosa, los ingleses tratan a los «concentrados» no como delincuentes, sino como enfermos, que es indispensable aislar del resto de la población. Hay algo de lazareto, algo de hospicio para cuarentena, en estas inmensas galerías. Los reglamentos no son inflexibles sino en lo relativo al principio de la reclusión. En cada puerta hay un centinela con un fusil

cargado. Pero, fuera de eso, lo demás es casi monacal y no es nada militar. Y la comida es sana y abundante... Y las camas, aunque estrechas, son confortables... Y los que quieren trabajar, trabajan...

— En Francia — le digo a nuestro guía — el sistema es más severo.

— Ya lo sé — nos contesta —. Allá los civiles son prisioneros, como en Alemania. Aquí, vean ustedes.

*

**

Una verdadera fraternidad reina entre los empleados británicos encargados de la vigilancia del parque y los reclusos. A cada paso se encuentra una biblioteca o un bufete lleno de frutas y de pasteles. Las damas de la aristocracia envían ramos de flores para adornar los refectorios. En las mesas se ven juegos de todas clases.

— En el fondo — exclama Valdeiglesias — estos hombres están mejor tratados que los mismos soldados ingleses.

Luego exclama:

— ¡Es un extraño pueblo el inglés! Es un pueblo sin odios de raza...

— Ustedes no comprenden — nos dice el funcionario del campamento —, ustedes no pueden comprender...

Y después de contemplar la vasta galería en la cual nos encontramos, continúa:

— En Inglaterra no nos encontramos en una situación igual a la de Francia. Durante años, mejor dicho, durante siglos, nuestras relaciones con el pueblo alemán han sido casi fraternales. El parentesco de raza entre franceses e italianos o entre italianos y españoles, es idéntico al que existe entre ingleses y germanos. Nosotros nos llamamos

anglosajones y ellos son sajones a secas... Es lo mismo que si dijéramos celtolatinos e iberolatinos... Las estadísticas más modestas y más recientes nos hablan de cuatro millones de ingleses de origen alemán. Personalmente, yo creo que el número es mayor... Hay gremios enteros, como el de los panaderos, el de los zapateros, el de los peluqueros, que son casi en absoluto alemanes. Y para ser justos a pesar de las pasiones recientes, hay que confesar que hasta hoy no hemos tenido nunca que quejarnos de estos metecos. Los ejemplos aislados que citan algunos polemistas que tienen empeño en hacernos cambiar de modo de ser, no demuestran nada. En Francia, después de la guerra del 70, es indudable que casi todos los compatriotas de Bismarck que se naturalizaban, lo hacían como una idea de *derrière la tête*. En nuestro país no..., no lo creo.... En el Ministerio de Guerra pueden proporcionar a ustedes la lista de los alemanes y de los hijos de alemanes que se han alistado como soldados para luchar contra su patria... Muchos de ellos han ganado ya los galones de oficial... Pero aun entre los que, por escrúpulos muy respetables, continúan en su casa, puedo afirmarles que no son raros los que, desde el fondo de sus almas, hacen votos por nuestro triunfo... El pueblo alemán es el más complejo y el más extraño del universo. Hay alemanes que al cabo de dos o tres generaciones, a pesar de haber jurado fidelidad a banderas extranjeras, siguen siendo tan alemanes como sus abuelos... Los americanos lo saben por triste experiencia... Pero los hay también que, habiendo nacido en Hamburgo, o en Colonia, o en Berlín, se desarraigan de tal manera, que al cabo de pocos años de emigración adaptan sus corazones y sus costumbres a la nación en que viven, hasta el punto de olvidar su suelo original.

Entre nosotros, sobre todo, en una atmósfera que ha estado siempre limpia de xenofobia, y en la cual judíos o cristianos han respirado y siguen respirando con absoluta libertad, los hijos de Prusia, de Baviera o de Austria, llegan, poco a poco, a sentirse transfigurados hasta el punto de no querer acordarse siquiera de su origen. Ustedes no ignoran que nuestras leyes permiten los cambios de nombres sin las dificultades que existen en otros lugares. Yo no sé si esto es bueno o malo... Yo no me meto en eso... Lo que sí digo es que, gracias a tal jurisprudencia, millones de *boches* han britanizado sus apellidos de tal manera, que es imposible darse cuenta de que sus padres no nacieron en nuestras islas. Hay ahora mismo lores a quienes les sería desagradable que se les pidiera su árbol genealógico... Los entronques de familias aristocráticas, por otra parte, han creado, a través del tiempo, un linaje en el cual la sangre germana y la sangre anglosajona se mezclan en proporciones extraordinarias... Saber dónde comienza el inglés y dónde acaba el alemán, resulta, en muchos casos, imposible...

— Sin embargo — observa uno de nosotros —, estos internados...

*

* *

El joven funcionario sonríe irónicamente, y después de volver la vista hacia un grupo de obreros rubios que se entretienen en manejar un torno, murmura:

— Éstos..., éstos..., ¿qué quieren ustedes que les diga?... Supongamos que aquí hay cuatro mil..., que haya otros treinta mil en los demás campamentos..., ¿qué es eso, si se considera el número de alemanes o de hijos de alemanes que existen verdaderamente en nuestro territorio?... Hemos encerrado a los pocos que no habían toma-

do sus precauciones... La mayoría, gracias a nuestra legislación liberal, sigue tranquila, comerciando, trabajando..., tal vez traicionando... Y como en el fondo nuestra única pasión noble es la justicia, no nos atrevemos a ser muy severos con estos infelices, por la convicción que tenemos de que, si hay un gran crimen germánico preparado contra nosotros, no son ellos los que estaban encargados de prepararlo, sino los otros..., los que tienen sus papeles muy en regla..., los que llevan nombres ingleses..., los prudentes, en suma...

Y, en efecto, con su pureza bíblica, los ingleses han organizado este cautiverio de tal modo, que nada en él nos acongoja. Caras aburridas, caras inquietas, caras melancólicas, las vemos a cada paso en la gigantesca galería del Palacio alexandrino. Caras dolorosas, caras crispadas, caras humilladas, eso no. La mayor parte de los prisioneros se reúnen en grupos de diez o doce alrededor de las mesas de pino, y leen, o charlan, o juegan a los naipes, o se entretienen en recortar juguetes de madera. Al observar nuestros trajes de paisanos, todos vuelven los ojos hacia nosotros con curiosidades infantiles, y se preguntan al oído lo que podemos venir a hacer en este sitio. Un guardián nos indica con el índice los diversos sectores en que la colonia está dividida. Un capitán, escogido por las autoridades británicas entre los que mejor se portan, se encarga de la vigilancia de cada compañía. Tres o cuatro compañías forman un regimiento. Para ventilar los litigios entre los internados, existe un Tribunal compuesto por dos alemanes, dos austriacos y dos húngaros. Las horas de comer, de pasearse por el jardín, de acostarse y de levantarse, están reglamentadas con severidad. En el resto del día, cada uno hace lo que quiere, con tal de no salir de la galería.

Las camas son buenas, y la cocina no es mala. Los que no quieren aburrirse, trabajan en menudas labores de carpintería.

— Vean ustedes estos juguetes de madera—nos dice en el vestíbulo del Alexandra-Palace nuestro guía—. Son obra de los prisioneros... ¿Quieren ustedes comprar algunos?... Entre nosotros no hay familia que no tenga algún muñeco fabricado aquí... Es una obra de caridad...

Por caridad también, las damas de la aristocracia han establecido en los campamentos cantinas, en las que todo se vendé muy barato... Por caridad, las niñas de las escuelas hacen flores... Por caridad, las instituciones filantrópicas facilitan útiles de trabajo a los alemanes que los piden... Por caridad, en fin, por una noble caridad moral que honra a este gran pueblo, el régimen del encierro se parece más al de un hospicio de convalecientes que al de un presidio.

*
* *

Poco a poco, algunos de los reclusos han venido a rodearnos, curiosos de saber si formamos parte de alguna comisión de esas que visitan los campamentos para oír las quejas de los prisioneros.

— ¿Americanos? — nos pregunta uno.

— ¿Suizos? — interroga otro.

Cuando se enteran de que somos simples periodistas sin mandato evangélico, todos nos piden noticias de lo que pasa en el mundo. En la gran libertad de que gozan, pueden, como los demás habitantes de Londres, leer los periódicos de todas partes. Pero los infelices se figuran, sin duda, que, gracias a nuestra profesión, somos dueños

de secretos que no se publican. Con crueldad, uno de nosotros murmura :

— Todo va mal para Alemania... Los rusos avanzan por el Norte y los anglofranceses por el Sur... La hora del castigo ha llegado...

Los rostros permanecen impasibles. ¿Creen estos hombres, imbuídos de pangermanismo, que, verdaderamente, las tropas invencibles del Káiser pueden llegar a ser vencidas?

A su vez, nuestro compañero los interroga sobre este punto, sin obtener sino respuestas prudentes y evasivas.

— Nosotros no sabemos..., no podemos saber... Nosotros vivimos fuera de Alemania hace años... Nosotros no esperamos sino la paz para volver a nuestros trabajos habituales en Londres...

Porque, eso sí, no hay uno solo que hable de abandonar el territorio inglés después de la guerra. Sin rencor ante lo que es la ley, aceptan el encierro como una necesidad y agradecen a sus guardianes el trato que les dan.

— Estamos muy bien — exclaman.

— ¿No tienen ustedes ninguna queja? — pregúntales el funcionario.

— Ninguna — responden en coro.

Y esta vez, la voz es clara, el tono es franco. En las pupilas azules hay no sólo lealtad, sino hasta gratitud. ¡Se les ha hablado tanto de los malos tratos que dan en Alemania a los ingleses! ¡Se les ha amenazado tan a menudo en la Prensa con represalias justificadas!... Durante largo tiempo, según parece, cada vez que un inspector entraba en el parque, los internados creían que venía a notificarles alguna agravación en la disciplina. Pero poco a poco se han ido conveciendo de que el pueblo inglés, en su gran orgullo justiciero, es incapaz de venganzas

miserables, y una tranquilidad absoluta ha reemplazado a la inquietud que antes los atormentaba.

En el momento de marcharnos, un anciano bávaro exclama:

— Si nos permitieran marcharnos a nuestra tierra, no nos iríamos...

Estas palabras son, tal vez, el más honroso elogio que se ha hecho de la caballerosidad británica.

¿Es posible la invasión?

Esta pregunta, que en otro tiempo no era sino un tema teórico de maniobras navales y de estudios estratégicos, se ha convertido, desde hace cerca de dos años, en la más grave preocupación del pueblo inglés. «La guerra — dice Wells — nos ha abierto los ojos de un modo algo brusco.» En realidad, ya antes de que el conflicto actual estallara, muchos ciudadanos de la Gran Bretaña proclamaban, con inquietud, sus convicciones pesimistas en lo relativo a la invulnerabilidad del territorio británico. Recordemos, en efecto, el éxito inmenso de un drama titulado *An Englishmann's Home*, y comprenderemos el estado de un drama *ante bellum* de la nación. Un buen burgués, retirado de los negocios, vivía tranquilo en las inmediaciones de Yarmouth o de Plymouth, y se reía de los que en la Prensa hablaban de posibles invasiones. «En una isla — pensaba — se puede vivir tranquilo.» Y dormido lo encontró, una noche de bruma, el desembarco repentino de un cuerpo de ejército enemigo. Al salir del teatro en que se representaba este drama, según parece, los jóvenes patriotas, emocionados por la tramoya sensacional de la obra, iban a alistarse como soldados para defender el suelo patrio. El Almirantazgo, no obstante, sonreía.

Un día llegó, sin embargo, en que las sonrisas oficiales resultaron imposibles. ¿Os acordáis?... Fué en el mes de julio, hace algunos años. La Armada procedía a sus grandes maniobras con un esplendor nunca hasta entonces visto. Cuarenta acorazados, veintisiete cruceros acorazados, treinta y cuatro cruceros ligeros, ciento diez y siete *destroyers*, setenta y nueve monitores, veintisiete submarinos y un número considerable de torpederos, hallábanse en el mar del Norte, divididos en tres escuadras de desigual importancia. La Roja, la más fuerte, representaba el poderío inglés. Las otras dos, una Azul y otra Blanca, representaban el lamentable papel de *fuerzas enemigas*. En la mente del Estado Mayor no cabía la menor duda sobre lo que iba a pasar. «La Roja — dijo el crítico del *Times* — tiene tiempo para destruir a la Azul en el Paso de Calais y para ir en seguida a obligar a la Blanca a aceptar un combate. En caso de que la Blanca y la Azul logren reunirse y luchar juntas, siempre la Roja saldrá vencedora, gracias a su mayor rapidez homogénea y a su mejor artillería.» Y como esto era lo lógico, como esto era lo matemático, los demás técnicos del Reino opinaron de la misma manera. Pero la cruel realidad, que suele reírse de las invencibles armadas, dispuso las cosas de otro modo, y en los dos primeros días de las maniobras permitió que la Azul destruyera todos los cruceros rápidos de la Roja y se apoderara del Paso de Calais. Irritado y desconcertado el Almirantazgo, dió en el acto orden de suspender aquel inverosímil simulacro guerrero. Los críticos militares, sin darse por vencidos, declararon que una maniobra no era igual a una guerra.

Que la experiencia les da la razón desde hace dos años, nadie lo niega. Dueña del mar, Inglaterra conti-

núa, con su bandera de púrpura, dictando leyes neptunianas al mundo.

*
**

Sin embargo, los ingleses no están ni del todo satisfechos ni del todo tranquilos.

— La aventura de los Dardanelos — dicen unos — es humillante.

— Las estadísticas americanas publicadas por el almirante Degouy — dicen otros — nos demuestran que Alemania sigue importando enormes cantidades de productos extranjeros, a pesar de nuestro bloqueo.

— El Báltico — dicen los demás — es una amenaza perpetua.

Y todos, de nuevo, pero ya no de una manera académica, sino con el grave acento de las realidades inmediatas, se preguntan :

— ¿Es posible la invasión?...

*
**

Los alemanes han contestado siempre :

— Sí; sí es posible... ¡Ya lo veréis!...

Y para dar ahora una forma pintoresca a sus amenazas, acaban de publicar una novela titulada *Hindenburg's Einmarsch in London*, que es, según la *Gaceta de Frankfurt*, una «anticipación tan verídica como las de Wells». Una vez los rusos vencidos, el «héroe de los pantanos» obtiene del Káiser el mando de una escuadra formidable de acorazados y «zeppelines», con la cual barre del Paso de Calais a los barcos británicos. «El puerto de Dóver — asegura el novelista — está convertido en un inmenso campo de escombros.» En ese trágico collado desembar-

ca un millón de guerreros germánicos, animados por una proclama del general Sigward, en la cual se leen frases cual éstas: «Inglaterra no ha querido escarmentar en cabeza ajena, viendo el destino que nuestras armas reservaron a Bélgica. ¡Peor para ella! Hay que demostrarle lo que puede nuestra fuerza, multiplicando, en su suelo, con objeto de que las generaciones futuras no nos olviden, el ejemplo de Lovaina.» La resistencia de Tommy, en el condado de Kent, no tiene ninguna importancia. Las poblaciones de las aldeas y de las ciudades huyen, despavoridas, buscando un refugio en el centro de la isla. El general French, que ha abandonado su campamento de Flandes para tratar de defender el suelo natal, concentra todas sus fuerzas alrededor de Londres. La gran batalla se da en las márgenes del Támesis, y el gran Hindenburgo entra, triunfante, en la metrópoli del Reino Unido. Al final de la novela se encuentran las líneas siguientes: «¿Es esto un cuento fantástico?... La leyenda de una Inglaterra intangible, eso sí que es un puro cuento y una pura fantasía. El Dios que nos protege no nos dejará terminar la guerra sin atravesar el Canal de la Mancha para ir a plantar nuestros gloriosos estandartes en las torres londinenses.»

*
* *

Los ingleses ríen, como es natural, cuando leen la novela prusiana. Pero, al mismo tiempo, meditan. Y la Historia, la implacable Historia, que no se compone únicamente del relato de la Invencible Armada, les hace comprender que no hay en el mundo, ni aun en las Islas Británicas, un puerto seguro contra las invasiones. En todas las librerías de Londres, en efecto, se encuentra

un mapa de la Gran Bretaña e Irlanda titulado: «Puntos en que el enemigo ha desembarcado desde los tiempos de Guillermo el Conquistador.» Entre estos puntos hay algunos que están marcados con una bandera española. ¿No los recordáis? Hay dos, al Oeste de Irlanda, cerca de Limerick (el de 1579 y el de 1580); hay otros dos más hacia el Sur, en las inmediaciones de Cork (los de 1601); hay otro en Escocia, hacia el Oeste (el de 1719)... Los hay con los colores de Holanda... Los hay, sobre todo, con el estandarte francés, en gran abundancia, marcados por cien fechas distintas, desde la gloriosa de 1060 hasta la no menos gloriosa en que el general Humbert, a la cabeza de unos cuantos batallones, entró en Irlanda en 1798. Y hay uno, uno sólo, el más doloroso de todos en las actuales circunstancias, que ostenta la señera negra y roja de los alemanes (y que lleva la fecha de 1435), en las puertas mismas de Dublín. En resumen: ¿sabéis cuántas veces, a través de los siglos, ha sido hollado el suelo inglés por las tropas enemigas?... Nada menos que sesenta...

*
* *

— Esto le explicará a usted — me dice lord N. — que sin hacer caso de los que nos preguntan por qué no enviamos todos nuestros Cuerpos de ejército a Francia, conservamos aquí más de un millón de soldados. La marina, sin duda ninguna, es nuestro más seguro baluarte. Nuestra confianza la hemos puesto, y la pondremos siempre, en nuestra defensa flotante. Pero, ¿quién nos garantiza que una fatalidad como la de aquellas famosas maniobras de hace años no ha de reproducirse en un combate verdadero?... Recuerde usted lo que se llama *la*

course à la mer, el alma germánica encaminándose hacia Calais a fines de 1915. ¿Qué hubiera sucedido si el Káiser logra apoderarse de Calais, de Boulogne y de Dunkerke? Con los cañones nuevos y con los «zeppelines», nuestros enemigos habrían tratado de establecer una zona infranqueable al Este y al Oeste del Paso de Calais, no dejando en medio sino un canal para sus propios barcos. Las minas y los submarinos habrían impedido a nuestras escuadras acercarse a tal zona. Y en aquella época, no lo olvidemos, nuestra isla hallábase a la merced de un ejército de quinientos mil hombres...

— ¿Y ahora? — le pregunto.

— Ahora — concluye — nuestra armada podría alejarse y desampararnos, sin que corriésemos más riesgo que el de ver nuestros puertos bombardeados. En cuanto a un desembarco, no es ni probable ni verosímil... Se necesitarían dos millones de soldados para que el ensueño del autor de *Hindenburg's Einmarsch in London* fuese realizable... Y me parece que dos millones... Un desembarco de dos millones...

— Hay que reír — le digo.

— No — concluye —; no hay que reír nunca... Pero no hay que ponerse muy serio tampoco...

El apostolado de Maeterlink.

Desde hace algunas semanas asistimos a una evolución mental que demuestra la grandeza de alma del pueblo francés. Como por encanto, las lamentaciones y las imprecaciones vanas han cesado. Ya no se habla de las atrocidades del enemigo, ya no se pierde el tiempo en inútiles discursos sobre la barbarie teutónica. Ya no se buscan motivos más o menos fútiles para demostrar que la «kultura» no es sino el barniz científico del salvajismo. Mauricio Barrés tuvo el honor de ser el primero en aconsejar tímidamente a sus compatriotas que, lejos de adormecerse en un ensueño de venganzas sin nobleza, consagrarán su energía a la obra fecunda de la victoria y de la preparación del porvenir. Luego el senador Charles Humbert, en un artículo que hizo ruido, dijo con elocuencia lo contrapoduciente de las campañas que consisten en denigrar por sistema al adversario. Pero el que con mayor franqueza ha formulado la verdadera filosofía de los sentimientos íntimos franceses es un gran poeta del país que más ha sufrido en la contienda, el *âgé* por excelencia, el genial Maeterlink. «Las palabras de este belga — dice un militar — constituyen el verdadero programa moral de nuestro pueblo.» Esas palabras, yo tuve el honor de oírlas de labios del poeta, antes de que su pluma las trasladara al papel.

Fué en la primavera pasada, en el jardín de la villa

des Abeilles, en Niza, una tarde en que todo respiraba paz, ventura, piedad, regocijo... Bajo un naranjo florido que parecía un ramillete nupcial, charlábamos los cuatro o cinco familiares del autor de *Monna Vanna*. Ahí estaba Georges de Porto Riche, más joven que un cadete a pesar de sus sesenta y cinco años; ahí estaba Georges Maurevert, el noble defensor de todas las causas justas; ahí estaba Verhaeren, el cantor de las urbes tentaculares. Con su adorable sencillez de niño grande, Maeterlink confiábanos las angustias que había pasado durante los primeros meses de la ocupación alemana de Bélgica.

— En mi espíritu— decía— la lucha más cruel habíase entablado entre los mandatos de mi conciencia y los cariños de mi corazón. Mi deber, como filósofo y como patriota, consistía en denunciar ante el mundo civilizado los horrores de una guerra inicua. Pero, al mismo tiempo, yo pensaba en mi hermano, que es notario en Gante y cuya vida hallábase a la merced de los caprichos de cualquier militar alemán. ¿Qué hacer? Conociendo el carácter de mi hermano, yo sabía que, si hubiera podido sacarme de la cruel incertidumbre en que me hallaba, habríame dicho: «Obedece a tu conciencia y no pienses en mí.» Así lo hice al fin. No sé si ustedes recuerdan mis artículos del *Figaro*. Cada uno de ellos es un grito que no pude contener. Cada uno de ellos me dejaba una amargura terrible, por el temor de que un ser querido pagara por mí...

— ¿Y le ha pasado algo a su hermano?— preguntó Porto Riche.

— Nada— contestó Maeterlink—, nada... Los alemanes lo han tratado con el mayor respeto...

— Comprendo tus inquietudes— murmuró Verhaeren

sonriendo bajo su bigote enorme, con su sonrisa suavemente melancólica.

Y después de meditar durante algunos minutos, continuó:

— Yo también temí, no por mi familia, sino por una cosa sin importancia real: por mi casa... Ya ustedes saben que tengo en Bélgica una casita en la que he reunido mis recuerdos, mis reliquias... Nada de importante para los demás, claro está, nada de valor... Libros, papeles, cuadros... En fin, para mí, aunque modesto, aquello era un tesoro... Y, naturalmente, cuando los alemanes entraron en mi pueblo, pensé que lo primero que harían sería incendiar mi hogar para vengarse de mis conferencias, de mis poemas, de mis artículos... Yo hubiera dado cualquier cosa por salvar siquiera mis cartas de familia..., cualquier cosa, menos mi silencio... El escritor que se calla pudiendo hablar, es como el soldado que abandona el campo de batalla y huye... Entristecido, pues, seguí mi campaña, seguro de no poseer ya nada de lo que tanto me interesaba, cuando, últimamente, recibí una comunicación de un alcalde, diciéndome que mi casa ha sido respetada y que los alemanes habían colocado a mi puerta un centinela para impedir que se tocara a lo que me pertenece.

Maurevert, que con su vehemencia de mosquetero proclama siempre de buena fe que las tropas del Káiser no son ni pueden ser sino una horda cobarde, inicua y salvaje, exclamó:

— ¡Es increíble!

Entonces fué cuando Maeterlink nos habló de su intención de escribir un estudio sereno, justo, sin dejarse influir por el odio, sin tener en cuenta las pasiones populares.

— ¿Cree usted que es posible?—le pregunté.

La respuesta me la envía hoy el tomo titulado *Debris de guerre*, en cuyo epílogo el gran poeta ha escrito, a lápiz, *Mi examen de conciencia*.

Y esto es, en efecto, la magnífica página del magnífico poeta: el examen de una conciencia incapaz de la menor doblez, de la menor hipocresía, de la más ligera cobardía. ¡Qué digo! Para que una conciencia se presente así, en su cristalina transparencia, ahora que el odio obscurece los cerebros y nubla los espíritus, es necesario que su heroísmo sea tan grande cual el de los guerreros que la inspiran. Porque no hay que olvidar cuando se trata de asuntos de esta índole, la justa cólera que embarga el ánimo de la Francia incendiada, saqueada, violada, injuriada. En Buenos Aires, en Nueva York, en Londres mismo, los hombres imparciales pueden analizar la situación moral de Europa con escrupulosa equidad, dando a cada uno de los beligerantes los laureles que merece. En París, no. En París, hasta los más independientes de criterio, hasta los Barrés y los Humbert, sienten siempre, al hablar del arrojado de sus adversarios, una especie de cólera indignada. «Es lástima — parecen pensar — que esos hombres feroces nos obliguen a respetar su temeraria bravura.» Y después de recomendar al pueblo que no niegue la evidencia, terminan siempre declarando que jamás la Humanidad podrá pensar en la guerra actual sin maldecir a los que, con sus crímenes, la han deshonrado.

Maeterlink, consultando las voces interiores que le dictan sus sentencias filosóficas, se opone a que el odio se perpetúe entre las dos grandes razas que luchan en los campos de Champaña, de Lorena y de Alsacia. «¿Qué

haremos? — se pregunta—. ¿Será preciso odiar hasta el fin de nuestros días? El odio es el fardo más pesado que el hombre puede llevar en la tierra, y a nosotros nos doblegaría. Bueno que no queramos ser de nuevo víctimas de nuestra confianza imprudente. En esto, nuestros soldados, con su clarividencia sencilla, nos muestran el camino del porvenir y nos enseñan lo que hay que hacer. Ellos no odian al adversario, aunque no tengan confianza en él.» Luego, hablando de virtudes del guerrero germano, dice: «No puede negarse que ha dado pruebas de cualidades que sería indigno de nosotros no reconocer. Proclamando el valor del enemigo nos honramos nosotros mismos. Ese enemigo, en esta tragedia, ha ido hacia la muerte en masas profundas, compactas, disciplinadas, con un arrojado ciego, obstinado y sin esperanza, del cual no se conocía un ejemplo tan sombrío y que ha provocado nuestra admiración y nuestra piedad. Ha sabido sacrificarse con una abnegación sin precedentes en aras de un ideal que nosotros sabemos falso e inhumano, pero que a él le parece elevado y justo. Y un sacrificio de tal especie, sea cual sea su móvil, demuestra siempre una fuerza moral que sobrevive a aquel que la posee, e impone respeto.»

Un amigo a quien yo leía hace pocas horas estas palabras admirables, exclamó:

— ¡Qué de extraño tiene que un poeta hable así!

Yo evoqué entonces el recuerdo de una escena que data de un año y que nunca he podido olvidar.

Era más allá de Niza, en plena Italia, después de los primeros combates en que los cazadores alpinos se apoderaron de las posesiones enemigas en el Trentino. Una tarde, en una casa donde cenábamos Gabriel d'Annunzio, Jean Carrère y yo, un oficial de Estado Mayor nos

invitó a visitar las posiciones austriacas que acababan de ser capturadas. Carrère y yo aceptamos. Gabriel d'Annunzio dijo :

— No..., no...

Y con labios crispados agregó :

— No, porque no podría contenerme...

Este estado de ánimo del ardiente cantor de la raza latina, lo he encontrado luego, más de una vez, en hombres eminentes de Francia. Y es que el veneno del odio, destilado por la crueldad de la guerra alemana, ha exaltado los espíritus hasta el punto de hacerles imposible toda serena reflexión. A las razones, siempre débiles cuando se oponen a los sentimientos, contestan evocando las llamas de Lovaina, las matanzas de Senlis, los saqueos de Champaña. Para responder a la violencia, lo único que encuentran en el fondo de sus pechos es la violencia. Censurarlos por eso sería injusto. El dolor y la indignación tienen derechos sagrados que la lógica no comprende. Así, cuando ha llegado el caso de hablar de este espinoso asunto, me he contentado con decir a mis amigos más íntimos :

— La generosidad será siempre más fuerte que el rencor en las entrañas de Francia.

La generosidad, en efecto, la había ya visto asomar desde el principio de la guerra en los ojos de los que, como guardianes de los depósitos de prisioneros, no ven en los adversarios de la víspera sino seres indefensos, y también en los que sirviendo como médicos o enfermeros en las ambulancias del frente, cuidan con solicitud a los heridos enemigos. Pero lo que me parecía inútil buscar antes de mucho tiempo, era el espíritu de justicia, de respeto y de ecuanimidad. ¡Es tan difícil ver claro en medio de la tormental

— ¿Difícil? — exclamaban algunos —. Diga usted imposible.

Por fortuna, cuando se trata de causas nobles y de sacrificios piadosos, Francia no conoce la palabra *imposible*. Y por eso, después de haber odiado al enemigo con toda la fuerza de su temperamento, este pueblo, guiado por apóstoles como Barrés, como Humbert, como Maeterlink, comienza ya a distinguir, entre los mil sentimientos que agitan su alma trágica, lo que es digno de su abolengo caballeresco y lo que no lo es.